

EDITORIAL

Geopolítica del agua y cambio climático

Climate change and water's geopolitics

En la 16ª Conferencia sobre el Cambio Climático, auspiciada por la Organización de las Naciones Unidas y celebrada a fines de 2010 en Cancún, México, los asistentes salieron un poco más esperanzados que hace un año en Copenhague, cuando aún los mayores emisores de CO₂ (Estados Unidos y China) mantenían su posición de no adhesión al protocolo de Kioto. En Cancún se logró a última hora que estos dos países, a los que se le sumó Japón, firmasen un acuerdo que confirma la creación de un fondo de 100.000 millones de dólares anuales para los países pobres y, por primera vez, ancla en las Naciones Unidas el objetivo de evitar que la temperatura media del planeta suba más de dos grados para el 2100.

Aun cuando este acuerdo permite pensar que la realidad puede empujar a los políticos a tomar decisiones en las que el cambio climático sea asumido como un problema que nos afecta a todos sin distinguir de raza, credo o color, no cabe duda que los avances son muy lentos en comparación con la rapidez con la que éste avanza, indistintamente de cuál sea la postura que se tenga con relación a su origen. Parece que el tema del cambio climático se resiste, por lo menos de manera concreta (no declarativa), a formar parte de la agenda (no de las reuniones en las que es la *prima dona*) de aquellos países cuyo desarrollo demanda, de manera sostenida y creciente, materias primas para dar el salto cualitativo hacia la superación de la pobreza.

No es necesario aportar información adicional en relación a las señales inequívocas de que algo está ocurriendo con el clima del planeta. Desde hace un buen tiempo se viene observando como los glaciares, tal vez una de las mayores reservas de agua dulce del mundo, y por ello uno de los ejemplos más emblemáticos, están progresivamente disminuyendo su superficie sin importar si están en Groenlandia, los Andes, Europa o Asia. Son muchos los que sostienen que este hecho traerá consigo, en el mediano o largo plazo, serios problemas para las poblaciones que viven en las costas o en sus cercanías, sobre todo para las grandes ciudades que se localizan a nivel del mar, por cuanto se estima que no habrá mayor defensa que la que el mismo hombre desarrolle.

En los hechos, ya estamos viviendo este proceso. Las recientes inundaciones en Pakistán (con más de 14 millones de damnificados y pérdidas cercanas a los 43 millardos de dólares), Australia, Colombia, California; los incendios ocurridos en las cercanías de Moscú en el verano pasado, asociados con temperaturas nunca antes vistas (por

encima de los 37°C), si se relacionan con el aumento de la temperatura y las consecuencias que de ello se derivan: incremento sustantivo de las tormentas (entre 1970 y 2009 se han multiplicado por 12), lluvias extremas con sus terribles secuelas, sequías mucho más severas, por mencionar las más notorias.

Pareciera que el cambio climático nos está tocando la puerta. Muchos afirman que no es la primera vez que el planeta experimenta situaciones similares a las que nos afectan en estos momentos. Otros sostienen que las causas debemos buscarlas en el hombre y sus acciones. Bien sea por el planeta, bien por el ser humano, o bien por una combinación de ambos, lo cierto es que no se puede negar que algo está cambiando y no sabemos con certeza si es para bien o para mal de la humanidad. Todo apunta a que si no se toman decisiones ahora, luego puede ser tarde para el ser humano, así como para muchas especies que conforman la biodiversidad de la Tierra.

El agua dulce del planeta es limitada. Si bien está cubierto de agua, más del 97% de ella es salada y cerca del 2% está bajo la forma de hielo y nieve. Eso quiere decir que escasamente nos queda un 1% para sustentar nuestra forma de vida; de este último porcentaje cerca de dos tercios se utilizan para cultivos y el resto para satisfacer necesidades básicas del ser humano. Si a esto se le agrega el hecho de que en muchas situaciones, sobre todo para aquellos lugares donde la escasez es la norma, el agua se transforma en un recurso objeto de disputa por grupos humanos, que pueden vivir en el territorio de un Estado o de varios Estados. Se sabe que cerca de 214 cuencas en el mundo son compartidas por dos o más Estados, así como que entre el 35 y el 40% de la población mundial vive en estas cuencas. Muchos sistemas hídricos están ya mostrando señales inequívocas de agotamiento: los casos del río Amarillo (China), Ganges (India), Nilo (África), San Francisco (Brasil) son claros ejemplos de lo señalado.

Si se relaciona el cambio climático y el agua nos deparamos con que su disponibilidad y calidad para el consumo humano se está alterando. Son numerosos los ejemplos en este sentido. Diversas investigaciones apuntan a que sólo la mudanza del elemento precipitación (trastorno del período de lluvias, por ejemplo) propicia cambios en la variación temporal de los recursos hídricos, lo que puede significar conflictos por su demanda (escasez fuera de lo 'normal') o exceso, más allá de la demanda. Mientras en muchas áreas del planeta se están presentando situaciones de escurrimientos excesivos, en otras se presenta lo contrario, así como en muchas otras no se observan evidencias de exceso o de disminución.

De igual manera, se han detectado numerosos lugares en los que los espejos de agua (lagos) muestran evidencias de contracción; así como también reducciones importantes en la cantidad de lluvia en primavera y verano en países de latitudes medias, lo que significa que las autoridades locales, regionales, nacionales e incluso binacionales o multinacionales, deben incorporar este hecho y planificar los diversos usos del agua para las diferentes localidades que puedan estar involucradas en estas situaciones. En todo caso, lo cierto es que muchos países están tomando conciencia y previsiones ante

la futura demanda y la disponibilidad de agua, ya que la misma puede estar en el mediano plazo, por no decir del corto, en relación directa con los cambios climáticos. En esta línea encontramos a casi todos los países desarrollados, a muchos de los que están en vías, pero relativamente a pocos de los no desarrollados, de los cuales (más de los deseados) se localizan en áreas con problemas seculares de escasez o exceso de agua.

Además de todo lo señalado, se debe mencionar que el acceso al agua no es equitativo. Y este hecho se relaciona, la mayoría de las veces no con el cambio climático sino con los gobiernos que cada nación se ha dado. En este sentido, los habitantes de los países en vías de desarrollo, pero sobre todo los no desarrollados están en desventaja, lo cual agrava aún más la situación. Si nos detuviéramos aunque fuese un momento a pensar que millones de pobres en el mundo subsisten con menos de 19 litros diarios de agua; que casi la mitad de la población mundial no tiene agua entubada en sus hogares; que muchas mujeres de países no desarrollados caminan un promedio de 6 km diarios para conseguir agua; que para dentro de 15 años, cerca de 2.000 millones de personas vivirán en regiones con graves problemas de escasez de agua, es probable que además de preocuparnos con los cambios climáticos y sus repercusiones para la vida en el futuro mediato, también deberíamos cambiar nuestra conducta: ser mucho más proactivos en la generación de una conciencia ambiental en nuestro entorno, la cual pasa desde ser ejemplo en el uso del agua, hasta participar de manera mucho más directa en toda campaña que involucre respeto por la vida y de lo que ella depende.

Es bastante probable que muchos de los conflictos a futuro tenga como principal actor al agua: su disponibilidad no siempre estará asociada con los cambios climáticos sino con las decisiones que muchos gobiernos tomen en el sentido de prever que su población necesita, ahora y mañana, alimentos y agua. Pero también dependerá de la participación de la sociedad, puesto que en la medida que le exija a sus gobernantes que tomen, además de posturas ante el cambio climático en los escenarios internacionales, acciones concretas que trasciendan lo meramente declarativo, estaremos propiciando que las distintas formas de vida que conocemos tengan la posibilidad de sobrevivencia. Si no lo hacen que no sea por nosotros.

Delfina Trinca Figuera
Editora Responsable